

Después de sus estudios en Nevers y París, encuentra un puesto de escribiente en la dirección de Ferrocarriles; pronto se cansa y deja el cargo para dedicarse a la literatura. Al abordar los temas o motivos de algunas obras, traduce su propia vida, esto es, su escasa confianza en la obra, y lo que es más duro, la desconfianza en los hombres. No cree en ellos, y a veces ni en él mismo. Hace decir a Eloy, uno de sus personajes: "El hombre que yo soy, me hace misántropo", y en su "Diario" se repite: "Estoy resentido. Tres pasos en la calle y ya estoy insoportable". Hay en eso una inconformidad manifiesta, un anhelo de apartarse de todo aquello que maltrata sus nervios: aquella frustración de su niñez surge del bajo fondo y se queda a flor de espíritu para deshojar el árbol de sus quimeras. Sabe que algo ha muerto en ese mundo interior, algo que le hace imperfecto para toda convivencia social; y ese muerto, quiere escaparse por los canales de sus nervios, refinándolos, haciéndolos más sutiles, en las relaciones de su sombra con las sombras que le rodean.

Esta situación de inadaptado es una clave donde registra el rosario de sus hechos pequeños o grandes, sus emociones, esas derrotas frecuentes del diario vivir en su propio mundo interior; su mal, es un mal sin remedio, sin esperanzas claudicantes, como la del pino que se va quemando y se convierte en cenizas que se lleva el viento, sin fe en la gloria presente ni en la fe de un futuro desprovisto de andamios y aristas. La inmortalidad literaria es para él "una recompensa que consiste, mucho tiempo después que se muera, en no estar seguro de estar muerto. Y si por azar soy eterno, agrega, durante la eternidad haré literatura. El oficio de un escritor es aprender a escribir. Debe trabajar como un esclavo y dejar hacer a los dioses. En literatura sólo hay buenos. Los genios son los más grandes, los que yugan dieciocho horas por día, de una manera infatigable. La gloria es un constante esfuerzo".

Renard es profundamente humano en su obra vasta de escritor. Escribe para la época y por la época, y hace escuela porque más tarde los grandes escritores de América y Europa siguen su ejemplo. Lo que censura en forma implacable en la burguesía es la vanidad, las genuflexiones de los escritores que él conoció profundamente. Cree que el arte y la literatura han de servir para hacer el bien de todos, como debe servir todo hombre a la causa común de la humanidad.

## La sombra de Satán

(Envío del Prof. Carlos Luis Sáenz)

**Desterrados del Edén a la desolación dirigen  
Eva y Adán sus plantas que sólo hollaron los senderos  
cubiertos con los céspedes que aroman los pasos de los ángeles.  
Es la primera tarde para ellos en la vasta tierra.  
El cielo es como playa donde va diseminando el mar  
las conchas en que brillan las perlas limpias de los astros.  
Una melancolía tan amarga como el destierro  
va penetrando el mundo, como entra la luz en las aguas.**

**Eva torna sus ojos hacia el paraíso perdido:  
el grito de su asombro hace volver el rostro a Adán.  
Sobre el deslumbramiento relampagueante de la espada  
del invisible Arcángel, a la puerta de Edén,  
perversa se pasea, con la actitud de un Serafín,  
en toda su estatura colosal la sombra de Satán.**

R. BRENES MESEN

Oct. 1922

Cuando le nombran Alcalde, su amigo, Mauricio Barres le expreso su inconformidad con una sonrisa de piedad, Renard le responde: "Me han nombrado Alcalde y me digo: Hay cien personas a mi alrededor. Puedo hacerlas dichosas. Imitadme. Que cada uno de vosotros haga otro tanto. Yo empiezo. Desde mi ventana veo el canal, el río, los bosques. No quiero despreciar nada, y yo puedo hacer concienzudamente política. Te lo juro, mi querido Barres, lo haré".

Pero el ser franco, diáfano, profundamente humano, tiene sus inconvenientes en la convivencia social, donde abundan los intereses, las pasiones, las pomposas majestades de los hipócritas encubiertos por la literatura y la política. Le creyeron hombre malo, desorientado, huraño, loco. Pero es muy otra la actitud del humano Renard, provisto de una riqueza espiritual de grandes proporciones; el amor al arte ha de decir, comienza con el amor a mis conciudadanos, a mis animales, a mis plantas, a mis legumbres, a mis insectos, al cielo de mi país "el cielo por el que pasan las más bellas nubes". Lo dice con esa sensibilidad de gran artista para remover el lodo de esa pedantería de la literatura de su tiempo.

Era necesario que apareciera su obra máxima "El diario de Jules Renard", para que se abriera el paréntesis de su gloria bien cimentada. En esas páginas se suman veinticinco años de observación pura, y un trabajo tenaz. "El Diario" es una quinta esencia de todo su pensamiento. Lo define él de una manera original: "Es preciso que este "Diario", no sea un charloteo como es en ocasiones el de Goncourt. Es preciso que nos sirva para formar nuestro carácter, que

nos sirva para rectificarlo y enderezarlo".

Aparte de eso, la obra maestra advierte cómo se debe escribir. Para él, "todo está dicho", es decir, mal dicho, con excesivas palabras. Y quiere decirlo otra vez; pero bien, con exactitud. Su ideal de estilo es "un estilo exacto, preciso, en relieve, esencial".

De lo expuesto, podemos llegar a resultados más o menos exactos, estudiando los problemas espirituales de su vida extraña y desventurada. En sus obras saltan los episodios más amargos de la frustración de una niñez venida al mundo para recibir la ternura de un hogar, que él necesitaba y soñaba: esa línea persiste durante la juventud y la madurez: esa materia de ideas tórnase —cuando se forja él mismo en hombre— en actitud nostálgica con diferentes sorpresas de buen humor, de ironía y de sarcasmo; pero estos períodos de sombra tienen la significación de su anhelo de impregnar de poesía el alma de las cosas vistas y descritas, de someterlas a la luz, de presentarlas diáfanas e irrisadas ante los ojos, tal como pensaba Leonardo de Vinci: "la belleza del mundo vista en un espejo".

De la otra faz, orfebre del pensamiento: impone a la inteligencia su tarea cuando ve y juzga para cincelar la verdad, quitando de los contornos lo que pueda desfigurarla: sobrio, con sobriedad de Juvenal o de Ronsard; irónico y travieso a lo Rabelais; clásico, muy semejante a los maestros latinos. El estilo en relieve, esencial, con la palabra imprescindible y exacta. La palabra amarga se ve desvanecida por la musicalidad de las otras palabras que la acompañan. Las palabras tienen su color, sus alas, y presentándolas con la idea nos